



Universidá d'Uviéu

**GUERRA FRÍA Y PROCESOS DE  
DESCOLONIZACIÓN EN ÁFRICA  
SUBSAHARIANA**

OLAYA PORTELA PACIOS

JULIO LISANDRO CAÑÓN VOIRIN

GRADO EN HISTORIA  
FACULTAD DE FILOSOFÍA Y LETRAS

CURSO ACADÉMICO 2023-2024

MAYO DE 2024



## RESUMEN

El objetivo del presente trabajo es presentar un documento maestro para la superación de la materia Trabajo de Fin de Grado, del Grado en Historia del curso 2023-2024, bajo la dirección de Don Julio Lisandro Cañón Voirin, profesor del área de Historia Contemporánea de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Oviedo. El documento se adecúa a los criterios de formato señalados en la “Guía de estilo orientativa”. Al mismo tiempo, se han consultado las pautas de estilo APA 7.

**PALABRAS CLAVE:** Guía – Pautas – Documento.



## ÍNDICE

RESUMEN.....	4
ÍNDICE.....	6
ÍNDICE ALFABÉTICO.....	8
INTRODUCCIÓN.....	11
<b>CAPÍTULO I - COLONIALISMO E IMPERIALISMO</b>	
LOS MOTIVOS Y EL IMAGINARIO COLONIALISTA .....	15
LOS MODELOS DE COLONIZACIÓN .....	17
<b>CAPÍTULO II - LOS PROCESOS DE DESCOLONIZACIÓN</b>	
LOS MOVIMIENTOS DE RESISTENCIA Y LIBERACIÓN.....	23
LA COYUNTURA DE POSTGUERRA.....	27
LOS DISTINTOS PROCESOS DE DESCOLONIZACIÓN.....	29
<b>CAPÍTULO III - LA GUERRA FRÍA EN ÁFRICA SUBSAHARIANA</b>	
LOS CASOS PARADIGMÁTICOS DEL CONGO Y ANGOLA.....	34
LA GUERRA FRÍA Y LOS CONFLICTOS ÉTNICOS: EL ROM- PECABEZAS DE SOMALIA.....	37
CONCLUSIONES .....	42
BIBLIOGRAFÍA .....	48
ANEXO .....	49



## ÍNDICE ALFABÉTICO

África Occidental Francesa, 16, 30.  
 África Ecuatorial Francesa, 16, 30.  
 Angola, 11, 17, 31, 33, 35.  
 Alto Volta, 29, 30.  
 Asociación Bakongo, 33.  
 Biya, Paul, 31  
 Brazzaville, 27, 29, 30, 31.  
 Bongo, Omar, 31.  
 Camerún, 29, 30, 31.  
 Central Intelligence Agency (C.I.A), 29, 34, 35.  
 Chad, 16, 29, 30.  
 Congo, 11, 17, 18, 29, 30, 31, 33, 34, 35.  
 Costa de Marfil, 16, 29, 30, 31.  
 Dahomey, 29, 30.  
 Devlin, Lawrence, 35.  
 Fanon, Frantz, 12, 21, 22, 23, 40.  
 Ferro, Marc, 12, 21.  
 Federación del Malí, 29.  
 Gabón, 16, 29, 30, 31, 41.  
 Ghana, 28, 40.  
 Gizenga, Antoine, 35.  
 Guinea, 16, 29, 30, 31.  
 Kasavubu, Joseph, 33, 34.  
 Katanga, 33, 34, 35.  
 Kenia, 18, 29, 30.  
 Kenya African National Union (K.A.N.U.), 30.  
 Kenyatta, Jomo, 29, 30.  
 Leopoldo II, 17.  
 Madagascar, 29, 30.  
 M'Ba, Leon, 31.  
 Mobutu, Joseph-Desiré, 34, 35.  
 Moumié, Félix, 31.  
 Movimiento Nacional Congoleño, 33.  
 Mozambique, 18, 31.  
 Mugabe, Robert, 30.  
 Nkrumah, Kwame, 28, 40.  
 Olympio, Sylvanus, 31.  
 Organización de las Naciones Unidas (ONU), 34, 35, 41.  
 Portugal, 32.  
 República Centroafricana, 16, 29, 30.  
 República Democrática del Congo, 11.  
 Rhodesia del Sur, 30.

Sahel, 11, 17, 41.

Senegal, 16, 29, 30.

Siad Barre, Mohammed, 38, 39.

Sistema Internacional (S.I.), 18, 26.

Somalia, 29, 36, 38.

Togo, 29, 30, 31.

URSS, 34, 38.





## INTRODUCCIÓN

Actualmente, no resulta extraño visualizar en los informativos de los medios de comunicación, noticias que versan sobre golpes de estado, guerras civiles o conflictos de diversa índole, procedentes de estados del continente africano, especialmente al sur del Sáhara. Poco se ahonda entonces, en la raíz primigenia de estas cuestiones, y el tratamiento que se aplica desde los medios occidentales, especialmente españoles, dista de ser profundo y objetivo.

Esto no es un dato meramente casual y superficial, puesto que analizar de manera más profunda el origen de gran parte de los conflictos que azotan a la mayoría de estados africanos, nos remite al papel que tuvieron las otrora consideradas “potencias” occidentales en la división de un pastel del cual, siguen extrayendo migajas. Sin embargo, no es competencia del presente trabajo académico el juzgar ni atribuir ninguna culpa, sino que, precisamente, se trata de desgranar con el suficiente rigor una serie de procesos que se suelen entender erróneamente como conjuntos y homogéneos, en un continente que cuenta con 55 estados.

Por ende, se presenta una revisión bibliográfica sobre algunos de los distintos procesos de descolonización en la región del África subsahariana, así como el papel inseparable que tuvo en dichos procesos las intervenciones estadounidenses y soviéticas en el contexto de la Guerra Fría. No ello sin pasar antes por tratar brevemente el contexto pre-colonial de dicha región y los estragos de la política colonialista e imperialista del siglo XIX. Además, todo ello implica una pequeña revisión terminológica sobre el propio concepto de “descolonización”, algo que está sometido a debate así como la discusión en torno a una nueva colonización o “neocolonialismo”.

Uno de los pilares fundamentales que respalda al presente estudio y que no puede ser prescindible en esta introducción, es la respuesta a una pregunta que ataña al propio título: ¿por qué el África subsahariana? Como se menciona al comienzo de este capítulo, es notable la desinformación presente actualmente sobre las cuestiones que se relacionan con esta región del continente africano, de ahí mi interés en informarme sobre las raíces de estas y especialmente en un tema tan delicado y de suma actualidad como son las consecuencias del colonialismo en sus múltiples formas. Sería de sumo

interés la comparación y el estudio de estos mismos procesos al norte del Sahel, pero la extensión máxima del trabajo impide esta labor.

Tras la lectura de este trabajo, si ha sido bien elaborado y presentado, el lector se dará cuenta si profundiza más en la materia, que las políticas coloniales, así como los consiguientes procesos de descolonización en los estados del norte de África son completamente distintos a los del sur. Si bien cada uno cuenta con un propio proceso y devenir histórico, merecedor cada uno de un estudio por separado, hay una clara división geográfica con factores en común por la región en la que se sitúan, por cuestiones culturales, políticas y sociales. Es por ello que el trabajo se centra de manera conjunta en la delimitación mencionada en el título del mismo.

Es pertinente destacar, que para hablar sobre procesos que son ciertamente comunes, se emplearán como referencia los hechos acaecidos en ciertos estados como República Democrática del Congo, República del Congo, Angola o Sudáfrica, los cuales son, en cierto modo, extrapolables al resto de estados de la zona geográfica en la que se mueve el estudio. Esto debido a la imposibilidad, de nuevo, por la propia delimitación del trabajo, de poder tratar individualmente el caso de cada país individualmente.

Respecto a la metodología aplicada para la resolución del presente estudio, esta se basa en una revisión bibliográfica de una buena cantidad de fuentes secundarias, algunas coetáneas a los momentos que se narran y otras posteriores. Únicamente se han tratado fuentes literarias presentes en monografías, ensayos y diversos artículos académicos. No se han empleado fuentes gráficas más allá de ciertos mapas necesarios para entender el contexto en el que se sitúan los hechos, los cuales se incluyen en el anexo del estudio. Todo ello con la intención de presentar una narración que expone unos hechos, en torno a los que se debate su visión y la terminología aplicada a ellos en las conclusiones del trabajo.

No sería correcto concluir esta introducción sin comentar brevemente la bibliografía de la que se extrae la información. A la hora de plantear el tema de estudio, el objetivo siempre ha sido tratar tanto con autores occidentales, que plantean un análisis más orientado a la política y las estrategias llevadas a cabo por los líderes occidentales y africanos, como a grandes pensadores y filósofos contemporáneos a la descolonización que otorgan voz a aquellos que apenas la tuvieron. Y con ello me

refiero tanto a historiadores y periodistas de gran calado como son Josep Fontana o Marc Ferro, como a Frantz Fanon y Aimée Césaire. Esto implica que el enfoque del trabajo no se limita a cuestiones meramente políticas y económicas, sino que también me referiré a temas que atañan a los aspectos más humanos y culturales, que normalmente son desplazados de los discursos hegemónicos.



## **CAPÍTULO I – COLONIALISMO E IMPERIALISMO.**

Si bien este primer capítulo aparenta estar alejado del propio contenido que vertebra el presente estudio, no es ilógico pensar que para poder hablar propiamente de los procesos de descolonización, es necesario tratar brevemente el propio proceso de colonización que sufrió el continente africano a lo largo del siglo XIX y mediados del XX. Es fundamental conocer entonces, tanto los discursos que se forjaron entonces para sostener ante la opinión pública la política imperialista, como los motivos reales que sustentaron la iniciativa de llevar esto a cabo.

Esta es la competencia entonces de las secciones de este capítulo, el cual no puede empezar sin una pequeña matización terminológica. Por proponer una consideración tradicional, el concepto de “colonización” se puede aplicar a toda aquella ocupación de una tierra lejana o extranjera que viene acompañada del establecimiento de colonos (Ferro, 2005, p. 22). En los próximos apartados, se desarrollará esta definición y se expondrán ejemplos significativos que ayuden a entender todo lo que implicó esta ocupación del continente africano.

### **LOS MOTIVOS Y EL IMAGINARIO COLONIALISTA.**

Tradicionalmente se explica que la Conferencia de Berlín supone el definitivo reparto entre las potencias europeas del siglo XIX del continente africano, el cual hasta ese momento estaba completamente fuera del campo de visión de las mismas. Esta no es una cuestión que suscite pocos debates en torno a ella, que versan sobre los verdaderos motivos de las naciones europeas tras el afán por conquistar el continente.

Evidentemente referirnos al siglo XIX implica hablar del máximo auge de la industrialización y el capitalismo, el cual acabaría teniendo su primera gran crisis a comienzos del siglo siguiente. Esta coyuntura fue la ideal para que las potencias europeas comenzaran su expansionismo con estos nuevos medios que se lo permitían. Debido a esta masiva industrialización y la inversión de capital en desarrollo, se producen avances en materia de transportes, medicina, etc. Es por esto que Europa a finales del siglo XIX está en condiciones de lanzarse a la exploración y la ocupación

profunda de África (Ceamanos, 2016, p. 33). La Conferencia de Berlín no supuso otra cosa que la disputa organizada entre las potencias por los territorios africanos.

Sin embargo, los principales agentes de esta tarea fueron Francia e Inglaterra, que no es pertinente extenderse en una historia más que conocida referente a la carrera de estas dos potencias por acaparar territorios del continente. Estas se reparten el territorio de Este a Oeste y de Norte a Sur respectivamente (**figura 1**), algo que les supuso un punto de conflicto en la localidad de Fachoda que terminó por resolverse con una alianza ante la superioridad naval inglesa.

Pero, el lanzarse a esta colosal tarea debía venir acompañado de un vasto aparato ideológico que justificase la inversión que se iba a depositar en ella. Otro aspecto indisoluble del largo siglo XIX es la forja de los nacionalismos, ideas que jugarían un papel fundamental en el expansionismo europeo. Estos nacionalismos, especialmente el alemán, defendían la necesidad de expandir un espacio vital en el que se pudiera desarrollar una nación, por lo que la ocupación de África, era un pretexto perfecto para ello.

A esto se suma un factor que será intrínseco a la colonización de África, y ese es la justificación de la opresión por motivos raciales. Esto no es algo nuevo propio del siglo XIX, pero si es cuando alcanza su mayor expresión, pues aparecen figuras esenciales en ello como Rudyard Kipling, quien ensalza de mayor manera la superioridad del hombre blanco en sus composiciones. La superioridad blanca también se justificó mediante el darwinismo social, por el cual, se reconocía la existencia de unas razas superiores con el derecho a dominar a las que eran inferiores (Ceamanos, 2016, p. 40).

Todo esto conllevó a forjar un ideario colectivo en el que Europa se situaría a sí misma como el último estadio del progreso en el proceso histórico. Este progreso entonces, legitimaba a expandirlo y llevarlo a las “sociedades incivilizadas”, a las cuales se debía llevar el cristianismo y el comercio (Ferro, 2005, p. 525). El concepto de civilización entonces, pasa de ser algo meramente cultural, a un conjunto de legislaciones en parámetros europeos, siendo quienes no se adaptan a ellos unos incivilizados. Esto favorecía también la canalización de los problemas internos de las potencias hacia un orgullo nacionalista y expansionista.

Aimé Césaire en su *Discurso sobre el colonialismo* (1989), exponía de manera muy clara el proceso de deshumanización que suponía el colonialismo, pues este era necesario para llevarlo a cabo. Este proceso de deshumanización es tildado por Césaire como un acto sumamente hipócrita por parte de los colonos occidentales, pues trataban de deshumanizar aquellos que estaban cometiendo las mayores atrocidades que podían presenciar en la época (Ferro, 2005, p. 73).

A pesar de ello, no toda la sociedad en conjunto era favorable a estas ideologías, y desde el propio momento del proceso de colonización hubo sectores que se oponían a ello, especialmente los sectores comunistas. Asimismo, las atrocidades cometidas en las posesiones coloniales eran imposibles de esconder del todo, por lo que eran conocidas entre la sociedad. No obstante, si el hecho de denunciarlos ponía en entredicho la voluntad del gobierno que se encontrara al mando, se negaría la existencia de los mismos (Ferro, 2005, p. 14).

## LOS MODELOS DE COLONIZACIÓN

Entender la colonización estrictamente como un proceso homogéneo es un error, a pesar de compartir comúnmente el propio rasgo de ocupación mediante colonos. Cada metrópoli en función de sus intereses llevó a cabo modelos de colonización distintos entre sí. La dinámica general era la concesión de tierras a compañías que las gestionaran, recurriendo para ello a pactos con los jefes locales africanos, los cuales eran manipulados para que firmaran estos acuerdos antes que recurrir a la violencia. Tanto franceses como británicos y belgas recurrieron a la manipulación y la presión a los jefes locales para imponerles los pactos (Ceamanos, 2016, p. 69).

Francia contaba con dos grandes federaciones de territorios, África Occidental y África Ecuatorial<sup>1</sup> (**figura 1**). Al frente de cada una se situaba un gobernador general, sustentado por un consejo de gobierno y tras él, una suerte de burocracia conformada por otros colonos que se encargaban de la defensa, la educación, etc. De esta manera, la población africana solo podía acercarse un mínimo al estatus de los europeos,

---

<sup>1</sup> África Occidental Francesa la conformaban Mauritania, Senegal, Malí, Guinea, Costa de Marfil, Burkina Faso, Benín y Níger. África Ecuatorial Francesa la componían Gabón, República del Congo, República Centroafricana y Chad.



adaptándose constantemente a sus normas y obligaciones. En el caso británico, las compañías concesionarias gestionaban gran parte de las tierras “a cambio” de mantener el orden y la justicia (Ceamanos, 2016, p. 70).

Un caso que se separa de estos anteriores es la ocupación del Congo belga por su brutalidad. La cuenca del río Congo había quedado repartida entre tres compañías distintas, siendo una de ellas para el propio rey Leopoldo II. Al contrario que en los casos francés y británico, en la ocupación del Congo fue rara la presencia de pactos, siendo un colonialismo militar, violento y coaccionado, ya que los pocos pactos que se realizaron fueron alcoholizando a los líderes locales o torturándolos (Ferro, 2005, p. 520).

Inicialmente el número de colonos belgas no era suficiente para poder gestionar el vasto territorio ocupado, por lo que se comenzaron a reclutar de manera forzada y a esclavizar a personas procedentes de otras regiones como Zanzíbar, Etiopía o Egipto. La razón de estos reclutamientos externos era para no otorgarles armas a la población autóctona de la colonia por las sublevaciones que pudieran causar. El enrolamiento de estos hombres provocaría, igualmente, divisiones y tensiones con el resto de la población, pues llegó un momento en el que el comportamiento a emular era el de los europeos mediante la ocupación y el saqueo de otras aldeas (Ferro, 2005, p. 521). Los castigos en casos de resistencia eran múltiples, pero pasaban por latigazos, mutilaciones, hasta llegar en algunos casos hasta la propia muerte (Ferro, 2005, p. 523).

Es pertinente destacar a la hora de entender también algunos conflictos étnicos que ya existían previos a la colonización y que se acabaron agravando, la colaboración de ciertos grupos con los europeos por conveniencia expansiva. Destacan en este sentido los árabes de Zanzíbar, de los cuales se hablará más adelante, y de los swahilis, con los que hubo confrontación por el choque de intereses. Esto también fue empleado por parte de Europa como una justificación o un atenuante de lo que se estaba realizando en el continente africano (Ferro, 2005, p. 523). Desde el Sahel se produjeron incursiones propiciadas por los sultanes islámicos con el objetivo de obtener esclavos y otra serie de recursos para intercambiar por armas de fuego europeas (Ferro, 2005, p. 525).

En el caso portugués, prestaban más atención a sus colonias caribeñas a la hora de extraer materias primas, por lo que el papel de las colonias africanas como Angola

fue mayoritariamente la extracción de mano de obra esclava que enviar a aquellas (Ferro, 2005, p. 528). La explotación del Congo francés conllevó una drástica catástrofe demográfica en la que se redujo la mitad de la población en cuestión de 10 años entre 1900 y 1910 (Ferro, 2005, p. 528).

No es de menor gravedad la campaña colonialista emprendida por el sultán de Omán en Zanzíbar de manera contemporánea a la colonización europea, como es mencionado previamente. Esta fue una colonización mayoritariamente económica, en la que el sultanato se extendía desde Kenia hasta Mozambique, mediante pagos que los jefes locales entregaban al sultán en forma de esclavos, trabajadores, materias primas, etc. (Ferro, 2005, p. 534). A pesar de que esto era conocido por los británicos para el momento en el que habían abolido la esclavitud, el trato que mantenían con el sultán para poder mantener las rutas comerciales a la India hizo que apartaran la vista de este asunto. Se afirmó entonces que la esclavitud era un aspecto intrínseco del Islam y que no se podía influir en ello (Ferro, 2005, p. 534).

No se puede concluir este apartado sin realizar una pequeña lectura sobre los orígenes de la que se considera, la fase más violenta de la dominación europea en África: el *apartheid* en Sudáfrica. En Sudáfrica se gestó la máxima expresión del modelo de segregación racial que posteriormente se pretendió extrapolar a la geopolítica internacional con la conformación del “Sistema Internacional” o “Comunidad Internacional” (Ferro, 2005, p. 553).

La expansión de los colonos holandeses propició tensiones y guerras con las poblaciones locales del sur del continente, las cuales se instrumentalizaron para argumentar que los africanos suponían un obstáculo en el progreso. La argumentación también se basaba en negar la tradición y la historia africana para desarraigarlos de su tierra, pues desde Occidente se considera que la Historia comienza cuando empieza a ser escrita. En África, la tradición historiográfica y la propia Historia siempre han sido de carácter oral, por lo que, desde la perspectiva europea, no contarían con historia hasta que se comienza a escribir con la colonización (Ferro, 2005, p. 555).

El grueso de la economía colonial sudafricana se sustentó sobre dos tipos de capitalismo; el minero e industrial, que estaba controlado por colonos británicos; y el agrario, el cual estaba en manos de los *bóers* holandeses. Todo esto produjo una división en la mano de obra, pues el primer modo de explotación requería mano de obra

industrial más flexible y el segundo necesitaba mano de obra agraria ligada a la tierra (Ferro, 2005, p. 557). En el primer caso, los obreros blancos temían profundamente el hecho de ser sustituidos por los trabajadores negros, ya que a estos últimos se les explotaba de mayor manera. Para ello, se acogieron a la implementación de un privilegio a la hora de asegurar puestos de trabajo para hombres blancos (Ferro, 2005, p. 557).

A partir de este punto, se comenzó a relegar a los trabajadores negros a los puestos más duros y con menor salario en la escala del trabajo. Esto fue seguido de medidas que ni siquiera les permitía convivir en los mismos barrios ni en las mismas localidades que a los blancos, acabando por conformar el gran aparato de segregación racial del *apartheid* que no culminaría hasta 1992.



## CAPÍTULO II – LOS PROCESOS DE DESCOLONIZACIÓN.

*“...los últimos serán los primeros.”*

(Fanon, 1961, p. 28)

Es una tarea harto complicada hablar de “procesos de descolonización” sin matizar el término de “descolonización” como tal. Para Marc Ferro (2005), dicho concepto es profundamente eurocentrista, ya que al añadirle tal prefijo, se atribuye el papel de todos estos acontecimientos a las propias metrópolis que, llegado cierto momento, llevaron a cabo todos estos procesos aparentemente de manera unilateral y por voluntad propia. Es un razonamiento lógico, si la “colonización” se llevó a cabo por parte de las potencias occidentales, la “descolonización” sería la reversión de dichas acciones con la misma titularidad.

Esta terminología ignoraría entonces el papel de los propios pueblos oprimidos y sus luchas por la liberación y la emancipación de sus estados. No es así para Frantz Fanon, quien en su obra fundamental para el estudio de los procesos de descolonización, *Les damnés de la Terre* (Los condenados de la Tierra), es desde el primer momento, una reivindicación del colonizado (Fanon, 2022, p. 27). Para el autor martiniqués, la descolonización involucra profundamente a los colonizados y les da una importancia sustancial, pues en este momento se apela a su capacidad de razón (Fanon, 2022, p. 34). Podríamos deducir de las afirmaciones de Ferro, que el término de “descolonización” sigue perpetuando ese mundo jerárquico que otorga más poder de decisión a la metrópoli que a la colonia, pues es la primera la que se encarga de “descolonizar”. Para Fanon, esto implica la unión de una sociedad colonial dividida entre los propios colonizados, los cuales se unen para luchar en este proceso.

En definitiva, Fanon afirma que la descolonización es la reversión del colonialismo, pero llevado a cabo mediante las luchas de liberación de los colonizados, de manera que se llega a una sustitución y renovación de las antiguas estructuras coloniales, creando en el proceso nuevas formas de hombres (Fanon, 2022, p. 27). Es por ello que, con todo esto, Fanon reitera la oración que sirve como cabecera del

comienzo de este capítulo, que en el proceso de descolonización, los últimos han de ser los primeros.

Ambas teorías tienen sus argumentos que les confieren rigidez y otros que pueden suponer algunas críticas. Ha de tenerse en cuenta en el caso de Fanon, que es un autor racializado que vive el propio momento de la descolonización y la mayoría de independencias africanas. Ambos coinciden en el gran papel que tuvieron los movimientos de resistencia en estos procesos, aunque en la praxis estos hechos se desarrollaron más allá del derramamiento de sangre, lo cual se procede a explicar en los siguientes apartados del presente capítulo.

### **LOS MOVIMIENTOS DE RESISTENCIA Y DE LIBERACIÓN.**

Como se ha mencionado previamente, cada bloque del que eran adalides estas dos nuevas superpotencias, tenían en común esa oposición al imperialismo europeo. Esta coyuntura sirvió a los líderes de los movimientos anticoloniales africanos para encajar sus reivindicaciones y vertebrar sus políticas. De esta manera, las resistencias se estaban adaptando a la nueva modernidad y a una nueva manera de contestar al régimen colonial (Peñas Esteban, F.J., 2000, pp. 20-21).

Si bien entonces pudiera parecer que los movimientos de resistencia entonces se adhirieron a uno u otro bloque, la realidad dista enormemente de ser así. Las raíces primigenias de los movimientos de resistencia y emancipación en África subsahariana es uno de los grandes debates referentes a la descolonización. Sin embargo, no se ha vertido excesiva tinta sobre ello, aunque se pueden extraer diversas hipótesis con el material existente

Actualmente se considera que los movimientos de liberación que se conforman de manera más estable a partir de mediados del siglo XX, son una evolución progresiva de las resistencias iniciales a la colonización ya en el siglo XIX. Independientemente de que sus proclamas se reivindicquen mediante la palabra o mediante las armas, todos aquellos que presenten en nombre de un grupo un programa de cambios sociales, han de ser considerados movimientos de liberación (Asprenger, 1986, p. 302).

Frantz Fanon considera que los principales responsables de la lucha anticolonialista y que verdaderamente propiciaron una coyuntura favorable para las independencias, fueron los campesinos. Según Fanon, la descolonización fue (o debió ser), fundamentalmente una lucha violenta liderada por el sector campesino, siendo este el contexto en el que verdaderamente se libraba una verdadera lucha por la liberación. No solo esta es la verdadera lucha, sino que favorece la contención del calado del discurso occidental en la sociedad, el cual había permitido la nueva burguesía política colonial (Fanon, 2022, p. 36).

Es una realidad que los discursos políticos que emanaban de las metrópolis habían conformado unas élites educadas para integrarse en las estructuras coloniales, algo que concedía un ascenso en el escalafón social. Entonces, los sectores más reacios a estos discursos, la mayoría procedentes de los ámbitos rurales, oponían una mayor resistencia y su discurso anticolonial era más radical y sangriento, como bien afirma Fanon. Pero lo que era muy lejano a la praxis real, era que estos sectores supusieran la mayor parte del papel en la conformación de los estados africanos. Las reivindicaciones políticas, al modo europeo, comenzaron como tal en el ámbito de las ciudades por los motivos previamente expuestos, aunque su participación era sumamente limitada por las segregaciones raciales.

En cuanto a las aspiraciones de estas minorías “occidentalizadas”, eran de diversa índole en función de la metrópoli. Por un lado, en las colonias británicas eran más favorables a una mayor autonomía e incluso un autogobierno, mientras que en las francesas, se abogaba por una mayor integración y asimilación en la nacionalidad francesa. Sea como fuere, ambas acabarían teniendo como fin último la emancipación de los estados con las delimitaciones coloniales, y no consideraban como opción alguna cualquier delimitación que tuviera que ver con lo pre-colonial (Peñas Esteban, F.J., 2000, p. 22).

Por estas razones es que se considera que las mencionadas élites son la raíz primigenia de las resistencias modernas a las metrópolis, tras sustanciales fracasos de las primeras de carácter rural, al contrario de las consideraciones de Fanon. Lejos de unificar la lucha, estos grupos se separaron notablemente del resto de la sociedad por su educación al modo europeo, haciendo que el aglutinar un apoyo fuerte fuera una tarea prácticamente imposible. Precisamente, los grupos que consiguieron más adeptos fueron

aquellos cuyo objetivo era fusionar y juzgar al mismo tiempo los valores pre-coloniales y los cristianos impuestos por los europeos (Peñas Esteban, 2000, p. 22)

Pero la existencia de estas resistencias no quiere decir que fueran las únicas que se presentaban de una manera ciertamente organizada. Los sectores de la sociedad más afectados por la crisis que supuso la Segunda Guerra Mundial, comenzaron a agruparse en forma de asociaciones voluntarias que les permitieron movilizarse para reclamar sus intereses. Poco a poco, la conciencia de clase trabajadora iba calando entre campesinos, trabajadores e incluso desempleados, algo que iba seguido de la legalización de la actividad sindical en las colonias francesas, británicas y belgas durante las décadas de los años 30 y 40 (Peñas Esteban, 2000, p. 23).

A las élites urbanas no les quedó otro remedio entonces, que vincularse de algún modo con estas organizaciones, aglutinándolas en torno a una ideología nacionalista anticolonial. A esto se suman dos factores fundamentales que permiten entender el incremento de la concienciación política en la sociedad; por un lado, las exigentes demandas del comercio capitalista a los productores parecía suponer una esperanza en la mejora económica de los incipientes estados, pero fue truncado por un mayor intervencionismo por parte de la administración; por otro, los soldados supervivientes que fueron reclutados forzosamente para participar en la Primera Guerra Mundial, regresaban a sus hogares con una visión completamente distinta sobre los europeos, y con los nuevos discursos que se estaban promulgando sobre la liberación (Peñas Esteban, 2000, p. 23).

Tanto británicos como franceses, conscientes de la coyuntura que se estaba forjando, buscaron una manera de que la descolonización, de producirse, fuera de manera controlada. Implantaron medidas sucesivamente que otorgaban una mayor participación política a las minorías occidentalizadas, haciendo que estas les fueran más favorables y desplazando a las jefaturas de carácter más tradicional. Si algo demuestra esto, es que no había ninguna consideración de plantear una propia descolonización, sino que se pretendía mantener el orden de manera prolongada en el tiempo lo máximo posible. Esto es una cuestión fundamental que terminaría por acarrear graves consecuencias en los futuros estados soberanos (Peñas Esteban, 2000, p. 26).

A modo de observación, es un dato a remarcar el cambio de dirección que se presenta respecto a las jefaturas locales, ya que durante la colonización, se buscó



fieramente su aprobación y apoyo para establecer los regímenes coloniales. Sin embargo, para poder mantener estos, se hizo necesario separarlos lo máximo posible del poder político.

A partir de este punto, para las colonias parecían existir únicamente dos vías a seguir: bien la disolución paulatina de la autoridad europea, o al menos, de su parte más directa, o bien una mayor consolidación de esta. En África Occidental se tendió más a la primera, mientras que en África Oriental y Central, a la segunda (Peñas Esteban, 2000, p. 27).

Francia tenía como objetivo ante este contexto, la asimilación de la población colonial como ciudadanos franceses, algo que lejos de destensar la relación con las colonias, hacía imposible una descolonización. Esto no se llegó a llevar a cabo de facto en la realidad, pero sí que concedió una mayor participación política de las élites africanas en la política nacional, vinculándoles aún más a la metrópoli. Sin embargo, no ignorando el panorama internacional, las ideologías liberales y socialistas importadas desde las nuevas superpotencias, supusieron un aliciente para los movimientos de resistencia anticoloniales (Peñas Esteban, 2000, p. 28).

Ante esta situación, la postura anticolonial promulgada por Estados Unidos cambia radicalmente. Con el tablero establecido del mundo polarizado que se presentaba con la Guerra Fría, Estados Unidos vio en las decadentes colonias europeas un puñado de fichas más que debía mover para contener la penetración de la Unión Soviética y el comunismo en estos territorios (Peñas Esteban, 2000, p. 29).

Para los años cincuenta, las élites urbanas ya concebían la independencia como única manera efectiva de satisfacer las demandas africanas, pero teniendo que adaptarlas al marco de un estado moderno que le confiriera credibilidad en este nuevo contexto. Se aglutinaron entonces los descontentos de los sectores rurales, los urbanos de carácter popular centralizados en los sindicatos y los crecientes partidos políticos. Es así como todas estas diferencias fueron canalizadas por las minorías occidentalizadas hacia la única vía posible concebida en el momento, la independencia y conformación de un estado moderno (Peñas Esteban, 2000, p. 34).

No obstante, esta pretensión tuvo que enfrentarse a la realidad de la pluralidad étnica que existía en las sociedades africanas, una pluralidad que, en pos del control y el orden, las metrópolis se habían encargado de exacerbar divisiones en ella. Esto

imposibilitaba entonces el calado de una ideología nacionalista africana que abarcara las delimitaciones coloniales (Peñas Esteban, 2000, p. 35).

Llegados a este punto, las potencias asumen que las independencias de los estados africanos eran un proceso imparable, por lo que, deciden proseguir con las medidas que anteriormente les eran ciertamente útiles para seguir controlando las colonias, pero esta vez, para controlar las independencias. Con ello me refiero, a que harán todo lo que esté en su mano para que el poder sea ostentado por los grupos occidentalizados favorables a ellas. En la praxis, el estado como tal comenzó a funcionar como una suerte de red clientelar en su vinculación con la población, mediante intermediarios étnicos que conectan a las élites con el resto del sistema (Peñas Esteban, 2000, p. 41).

### **LA COYUNTURA DE POSTGUERRA.**

Al igual que había sucedido tras el final de la Primera Guerra Mundial, al concluir la Segunda Guerra Mundial, se produjeron transformaciones sustanciales en el ideario colectivo de las sociedades involucradas en el conflicto, especialmente en las potencias europeas y occidentales. Una de esas transformaciones pasa por un cambio de dirección en la sensibilidad referida a la situación colonial. Hasta este momento, la identidad percibida de los europeos por sí mismos, era la del último estadio del progreso en la civilización, que destacaba especialmente por contar una sociedad mayoritariamente industrializada. Esto se incluía dentro de la visión teleológica de la historia, en la que se afirmaba ser la culminación de un progreso lineal (Peñas Esteban, 2000, p. 17).

Como ha sido previamente mencionado en el primer capítulo, toda esta imaginación no se quedó solo en algo inteligible, sino que se extendió al plano político de las colonias. Las leyes que provenían de la metrópoli eran aplicadas por los propios colonos europeos y para ellos, mientras que otras leyes consideradas de segunda, más bien consuetudinarias, emanadas de las antiguas formas de organización social africanas, se aplicaban a los colonizados. Esto dio el salto al plano internacional, haciendo que los estados europeos conformaran este “Sistema Internacional” en el que un derecho internacional les era válido para sus disputas y la imposición de una subordinación a las colonias (Peñas Esteban, 2000, p. 18).

La transformación que se va desarrollando en este aspecto, está influida enormemente por la Segunda Guerra Mundial. Si bien tras esta las potencias pensaban

que sus dominios coloniales permanecerían intactos, esto distaba enormemente de ser así, y esta ignorancia sería el prefacio de los procesos de independencia que se irían sucediendo en años inmediatos. Las devastadoras consecuencias de la guerra, al igual que habían sucedido con el anterior gran conflicto, habían socavado y desestabilizado el discurso moral occidental en lo que respecta a los valores de la civilización y el progreso. Y es que, no se podía promulgar un discurso civilizador cuando las propias metrópolis sembraban el caos entre ellas. En este contexto, afloran como potencias económicas y armamentísticas Estados Unidos y la Unión Soviética, ambas en principio con discursos abiertamente anticolonialistas. Esto hacía tambalearse una vez más los discursos de las antiguas potencias que poco a poco iban perdiendo su hegemonía, algo que no solo se manifestó en el continente europeo.

Una muestra de la debilidad de las potencias para el fin de la guerra, eran las pequeñas concesiones que fueron cediendo en materia de derechos hacia los ciudadanos de las colonias. Para 1944, en la Conferencia de funcionarios imperiales en Brazzaville, Gran Bretaña y Francia accedieron a la supresión del trabajo forzado y un incremento de la participación política de la ciudadanía africana, pero no a costa de la conformación de un estado soberano e independiente (Peñas Esteban, 2000, p. 19).

El interés de las potencias europeas en el sostenimiento de sus imperios coloniales no decayó en la inmediata postguerra, pues les habían supuesto un gran aporte económico para la recuperación en este período y el avituallamiento en tiempos de conflicto. Sin embargo, las presiones a las que se encontraban sometidas procedían de las propias demandas africanas y de las nuevas superpotencias. Estados Unidos estaba promulgando paulatinamente un sistema económico de libre comercio que no maridaba bien con las tierras ocupadas por las metrópolis europeas (Peñas Esteban, 2000, p. 26).

Pocos años después de la finalización de la Segunda Guerra Mundial, en 1948, tiene lugar la adopción por parte de la Asamblea General de las Naciones Unidas del documento de la Declaración Universal de los Derechos Humanos. En algunas de sus resoluciones, tanto Estados Unidos como Gran Bretaña, se posicionaban favorables a respetar la libre elección de los pueblos de escoger su forma de gobierno y el libre ejercicio de este. Si bien es un compromiso bastante ambiguo, pues aún se consideraba que los ciudadanos africanos estaban demasiado atrasados como para poder conformar

naciones soberanas, era sin duda un paso en el reconocimiento de estas últimas (Peñas Esteban, 2000, p. 19). Además, las resoluciones acudían al argumento de las tierras arrebatadas por la fuerza, algo que las metrópolis, podían tener cubierto en cierto modo, teniendo en cuenta que muchas concesiones y subordinaciones se produjeron mediante pactos.

La cuestión que prosigue es la siguiente: tanto Estados Unidos como la Unión Soviética compartían una posición profundamente crítica con las políticas imperialistas europeas, pero ambos tenían pretensiones universalistas respecto a sus modelos de política y organización social. En este momento se empezó a forjar esa bipolaridad que marcaría el período de la Guerra Fría, y que se extendió de manera evidente y tangible a las colonias africanas que, a pesar de no querer entrar en esta dicotomía directamente, se vieron involucradas en ella. Esta tensión se solapó con las anteriores que tenían que ver con los estragos del colonialismo en todos sus ámbitos: los conflictos étnicos preexistentes y las nuevas divisiones. Es por ello que la Guerra Fría y los procesos de independencia africanos son dos cuestiones indisolubles (Peñas Esteban, 2000, p. 20).

### **LOS DISTINTOS PROCESOS DE DESCOLONIZACIÓN.**

Una vez expuestos y desarrollados los medios y los agentes de los procesos de descolonización e independencia, es el momento de exponer y ejemplificar cómo estos variaron en función de la metrópoli bajo la que se encontraban subordinados. No sin antes reiterar y partir de la idea anteriormente explicada de que las independencias fueron el resultado de las negociaciones entre metrópolis y dirigentes occidentalizados (Fontana, 2011, p. 337).

Ejemplo de esta dinámica fue la primera independencia lograda en el continente, Ghana, que había sido colonia británica. En 1957, de la mano de Kwame Nkrumah, se negoció una transferencia progresiva del poder y el acceso al autogobierno con la condición de no incluir a los comunistas en él. Se vislumbraba entonces lo permeable que estaba siendo la bipolaridad de la Guerra Fría en el continente y en los procesos de independencia (**figura 2**). Hay que recordar que en el contexto previo a las independencias, se habían producido múltiples huelgas llevadas a cabo por los obreros que no pocas veces concluían con matanzas de huelguistas. Para ellos, las corrientes

socialistas y comunistas podían suponer una esperanza que occidente pretendía erradicar (Fontana, 2011, p. 337).

Una vez conquistada la primera independencia, se sucedieron de manera instantánea gran parte de las del resto de estados. En cuestión de un año alcanzaron las independencias Guinea, Camerún, Togo, la Federación del Malí, Madagascar, el Congo belga, Somalia, Dahomey, Níger, Alto Volta, Costa de Marfil, Chad, República Centroafricana, Congo-Brazzaville, Gabón, Senegal y Nigeria. Aunque a simple vista puede parecer un panorama idílico, la realidad es que estos logros se vieron, tristemente, manchados de sangre tras los arrestos y/o asesinatos de grandes figuras de estas independencias, orquestados en su gran mayoría por las antiguas metrópolis y por la CIA (Fontana, 2011, p. 341).

En el caso de las colonias británicas, la metrópoli se preocupó fundamentalmente porque los colonos que quedaban en dichas tierras pudieran conservarlas independientemente de la conformación de un estado soberano. En Kenia, estos colonos poseían la mayor parte de las mejores tierras cultivables, en las que solo permitían cultivar pequeñas parcelas a cambio de su trabajo en la explotación a unos miles de africanos. Estos eran denominados *squatters*, y fueron un agente primordial en las sublevaciones contra el poder colonial en Kenia (Fontana, 2011, p. 343).

Entre las sublevaciones, se encontraban ataques a otras explotaciones, encontrando entonces la sociedad nativa dividida en una minoría de jefes de carácter tribal que se beneficiaban de algunas tierras concedidas por el gobierno, otra minoría de nacionalistas moderados que contaban con un buen nivel de educación (bien representados por Jomo Kenyatta), antiguos soldados y los campesinos expulsados de las fincas europeas. Tras las sublevaciones y los ataques, la prensa metropolitana se dedicó a la difusión de noticias que exageraban los hechos, con el objetivo de mantener la idea de que dichas acciones, eran propias del salvajismo intrínseco a los africanos que debía exterminarse (Fontana, 2011, p. 337).

Las sublevaciones en general, fueron contestadas con represión y la contención de población (especialmente kikuyu) en campos de concentración. En ellos, a lo largo de los años cincuenta, los británicos obligaban a confesar conexiones con los movimientos de sublevación. Todo esto se hizo insostenible ante la opinión pública en 1959, cuando se produce una gran matanza de esta población que propició la concesión

de la independencia a Kenia, con Jomo Kenyatta alzándose como presidente en 1962 (**figura 2**). Todo parecía ir sin ningún problema cuando en 1964 se proclama la república con el KANU<sup>2</sup> como partido único. Pero la realidad es que Kenyatta se había asegurado el apoyo de dos etnias mayoritarias en el centro del país, los meru y los embu, y había desplazado al resto de etnias para favorecer a los plantadores blancos que aún residían en aquellas tierras (Fontana, 2011, p. 346).

Muestra de la gran preocupación que tenían los colonos ingleses por proteger sus tierras incluso en los estados ya independizados, es el caso de Rhodesia del Sur, actualmente Zimbabue. De hecho, la condición que Gran Bretaña había impuesto al presidente del ZANU<sup>3</sup>, Robert Mugabe, para finalmente conseguir la independencia de Zimbabue en 1980, fue respetar durante al menos los primeros 10 años de mandato las tierras de las que eran propietarios los colonos blancos. Esto le favoreció en la consecución de ayudas internacionales que incrementaron la producción y el comercio en el país, algo que ayudó en la lucha contra las graves hambrunas que asolaban al mismo (Fontana, 2011, p. 346).

El caso de las colonias francesas es un contexto completamente distinto, pues, como se ha expuesto previamente, Francia pretendía más crear una suerte de departamentos asociados al estado que conceder independencias. El vasto imperio colonial francés al sur del Sáhara se distribuían en tres grandes grupos; por un lado, África Occidental Francesa estaba integrada por Mauritania, Soudan Français (Malí), Níger, Alto Volta (Burkina Faso), Senegal, Guinea, Costa de Marfil, Guinea, Togo y Dahomey; por otro lado, África Ecuatorial Francesa estaba conformado por Chad, Oubangui-Shari (República Centroafricana), Camerún, Gabón y Moyen Congo (Congo Brazzaville); por último, se encontraba por separado Madagascar (Fontana, 2011, p. 348).

Recién terminada la Segunda Guerra Mundial, Francia tenía el objetivo de conformar una unión de “estados asociados” con todas estas regiones que hasta entonces integraban sus colonias. Pero en 1946, veintidós diputados coloniales africanos crean una alianza intercolonial con sus partidos políticos, denominada RDA, para oponerse firmemente a esta decisión. A esta respuesta se negaron los dirigentes de Senegal y

---

<sup>2</sup> Kenya African National Union, traducido como Unión Nacional Africana de Kenia.

<sup>3</sup> Zimbabue African National Union Patriotic-Front, traducido como Unión Nacional Africana de Zimbabue.

Costa de Marfil, algo que les propició un mayor acercamiento a la metrópoli y a los jefes tribales que también rechazaban esto. Si bien para 1960 todas estas colonias optaron por la independencia, al igual que en el caso británico serían procesos sumamente controlados e intervenidos por Francia (Fontana, 2011, p. 349).

El medio generalizado para hacer efectivo este control, era conceder el poder del gobierno a dirigentes de confianza, que acabarían siendo meros títeres en estos procesos. En Camerún, en 1960 se envenenó a Félix Moumié, a partir del cual se irían sucediendo una serie de gobernantes favorables a la metrópoli francesa. El ejemplo a continuación se aleja de la delimitación cronológica del presente trabajo, pero a consideración personal es necesaria su inclusión, pues expone que esta política no solo no queda lejana a los gobernantes actuales del país, sino que prosigue. El actual presidente de Camerún, Paul Biya, fue situado en el poder por elección de la petrolera francesa Elf en 1983, convirtiéndole entonces en el segundo líder no monárquico con más años en el poder tras Teodoro Obiang en Guinea Ecuatorial (Fontana, 2011, p. 350). No son necesarias más palabras para poder extraer unas conclusiones no muy positivas sobre estos datos.

En Gabón, una vez fallecido el dirigente que contaba con el beneplácito de la metrópoli, Leon M' Ba, esta última se encargó de situar como sucesor a Omar Bongo, ello para proseguir con los acuerdos de la explotación de los ricos recursos mineros con los que cuenta la región. Bongo se mantuvo en el poder desde 1967 hasta 2009, año de su fallecimiento, encargándose hasta el último momento de silenciar a la oposición. En el caso de Togo, el presidente Sylvanus Olympio se oponía firmemente a involucrar a las incipientes naciones africanas en el juego de la Guerra Fría. Por ello, acabó siendo asesinado en un golpe de estado en 1963 apoyado por Francia, que se encargó inmediatamente de situar a un gobernante favorable. Tras fallecer este en 2005, se situó en el poder a su hijo mediante unas elecciones fraudulentas (Fontana, 2011 p. 351). La independencia del Congo belga y Congo Brazzaville se desarrollará en el siguiente capítulo.

Respecto a las colonias portuguesas, cabe destacar aquí una pequeña introducción sobre su naturaleza, pues las guerras de independencia que se libran en Angola y Mozambique, se insertan plenamente en la dicotomía planteada por la Guerra Fría, cuestión que se desarrollará en los apartados del siguiente capítulo. Diremos

entonces, que Portugal fue la metrópoli que más se resistió a conceder las independencias a sus colonias. Buena parte de los movimientos de liberación en estas tenían ideas de tendencia más socialista, que al ser más reprimidos, propició un mayor auge de los movimientos de guerrilla, que radicalizaron más la lucha (Fontana, 2011, p. 360).



## **CAPÍTULO III – LA GUERRA FRÍA EN EL ÁFRICA SUBSAHARIANA.**

Generalmente a la hora de tratar la cuestión de la Guerra Fría, únicamente se plantean los escenarios clásicos e, irónicamente, más “calientes” del conflicto, siendo estos Corea, Cuba e Indochina. Se deja fuera de plano, como hemos visto anteriormente, al continente africano, y no por ello quiere decir, ni mucho menos, que el sistema bipolar establecido internacionalmente entre Estados Unidos y la Unión Soviética, no se trasladaran a este territorio.

En las dos siguientes secciones, se emplean como ejemplos paradigmáticos de esta dinámica a los tres estados del continente que, a consideración personal, se vieron más profundamente involucrados en la dicotomía de la guerra. Como se verá, esto es debido al mayor grado de injerencia de las dos nuevas superpotencias en sus procesos de independencia.

### **LOS CASOS PARADIGMÁTICOS DEL CONGO Y ANGOLA.**

Si hay dos estados que especialmente se integraron y sufrieron las devastadoras consecuencias del sistema bipolar de la Guerra Fría, esos fueron el Congo y Angola. No fueron los únicos en los que las potencias europeas y Estados Unidos se inmiscuyeron bajo las sospechas de la expansión del comunismo, pero sí en los que más se intervino y que se emplearon como bastiones de esta lucha en el continente africano.

En el proceso de la independencia del Congo habían florecido por encima del resto tres líderes políticos fundamentales; por un lado, Joseph Kasavubu, en representación de la Asociación Bakongo, contaba con un fuerte apoyo en la región de Léopoldville; por otro lado, Moïse Tshombé, procedente de una familia de alta alcurnia en Katanga, descendiente de los reyes lundas; y por último, quizá el más notorio de ellos, Patrice Lumumba, un hombre de carácter más humilde que era funcionario de correos y dominaba diversas lenguas del territorio. Este último, presidía el Movimiento Nacional Congoleño, que contaba con adeptos en todas partes del territorio (Fontana, 2011, p. 353).

En esta coyuntura, la independencia del Congo se concedió en 1960, estableciéndose el gobierno con Joseph Kasavubu como jefe de Estado y Lumumba como jefe de gobierno. Lumumba estuvo en el punto de mira de los Estados Unidos desde el primer momento, pues en su cambio de política anticolonialista a la política de contención soviética, consideraban que los africanos eran inmaduros e incapaces de gobernarse por sí mismos. Esto no reflejaba otra cosa que el creciente temor que los Estados Unidos tenían porque su mayor proveedor de uranio cayera en manos soviéticas (Fontana, 2011, p. 354).

A esto se suma que una vez declarada la independencia del Congo, lejos de instaurar un nuevo período de paz que dejase atrás los estragos del colonialismo, sucedería todo lo contrario. Bélgica se negaba a retirar a sus oficiales del territorio, algo que propició sublevaciones por parte de los soldados congoleños y que obligó a los primeros a huir del país. En un principio, las Naciones Unidas se negarían a intervenir en este conflicto que consideraban estrictamente interno, una postura que cambiaría poco tiempo después (Fontana, 2011, p. 356).

Sucede entonces, que aprovechando esta caótica situación, la localidad de Katanga inicia un conflicto secesionista que es apoyado por las tropas belgas para asfixiar al incipiente gobierno de Lumumba, pues esta región era una gran fuente de cobalto. Al mismo tiempo que este designaba como jefe del ejército a Joseph-Désiré Mobutu, el cual iba a ser inmediatamente reclutado por la CIA, acudía a Washington a pedir ayuda a los Estados Unidos en el conflicto de Katanga (Fontana, 2011, p. 356).

Lo único que Lumumba obtuvo de la gran superpotencia capitalista fue el rechazo. Ante esta situación, Lumumba y Kasavubu, que apenas tenían el control del recién creado estado, buscaron entonces ayuda en el bando contrario del momento, la Unión Soviética. A pesar de que el propio Lumumba afirmara que no estaba conforme con el propio ideario comunista, la ONU al servicio de Estados Unidos encontró la excusa perfecta para tildarle como “pro-ruso” y entonces intervenir en el Congo como medida de contención del comunismo (Huband, 2004, p. 31).

Contrario a los miedos estadounidenses, la URSS realmente se limitó a asesorar brevemente a Lumumba, ya que prefirió no tomar cartas en el asunto e incluso en un inicio se posicionó respaldando a la ONU. La CIA por su parte, desconocía la realidad de la cuestión, dedicándose entonces a la dinámica que estaban siguiendo en el

panorama internacional del espionaje y el amedrentamiento (Huband, 2004, p. 34). En este sentido, al conocerse el acercamiento de Lumumba al régimen soviético, la ONU decide intervenir finalmente en el conflicto de Katanga para reunificarlo al Congo y obtener provecho de la producción de cobalto (Huband, 2004, p. 34).

Los estados africanos se mostraban reacios a ser participes de la Guerra Fría, por lo que apoyaron un veto de la ONU que impedía el envío de tropas de países particulares al Congo. Con esto, la Unión Soviética quedaba aislada de cualquier intervención en el país, además de que sus embajadas fueran expulsadas del mismo. Mientras tanto, un conjunto de lumumbistas con Gizenga al mando, proclamaban la independencia de Stanleyville, donde, según los Estados Unidos, la aviación soviética estaba proporcionando ayuda. Esto fue pretexto suficiente para que la ONU, tras un golpe de estado liderado por Mobutu y apoyado por los Estados Unidos en 1960, retuviera a modo de “protección” a Patrice Lumumba. La realidad era, que el destino que le esperaba a Lumumba era ser entregado a los soldados de Mobutu para, finalmente, ser asesinado en 1961. (Huband, 2004, p. 42).

La CIA entonces se introducía en el gobierno congoleño despótico contando con Mobutu y Lawrence Devlin (enviado de la CIA al Congo) como intermediarios. Devlin no solo fue gran responsable del ascenso de Mobutu al poder, sino que también se benefició de acuerdos empresariales con este, que procedían de la industria del diamante (Huband, 2004, p. 35). Para Estados Unidos, Mobutu no fue más que un corrupto títere al que, de cara a la imagen internacional, debían vender como un gran bastión de la lucha anticomunista, debida a su ineptitud para mantener un gobierno estable en el Congo (Huband, 2004, p. 43).

Angola accedió a la independencia de la nación tras pasar por cruentas guerras civiles que fueron propiciadas por Estados Unidos, Sudáfrica y en la que acabaría por intervenir la Unión Soviética (Fontana, 2011, p. 360). La guerra civil vino de la mano del enfrentamiento entre los dos partidos políticos principales que pretendían acceder al gobierno; el Frente Nacional para a Libertação de Angola, el cual estaba financiado por la CIA y Mobutu; y el Movimiento Popular de Libertação de Angola, liderado por Agostinho Neto y apoyado por la Unión Soviética y una sección antigua del FNLA (Fontana, 2011, p. 361).

El FNLA inició los combates en 1975, cuando trataron de adueñarse de la capital, Luanda, pero que acabarían siendo derrotados por el MPLA. Estos últimos controlarían el norte del país gracias al envío de soldados cubanos. A pesar de la retirada del líder del FNLA, la guerra civil proseguiría entre otras facciones hasta comienzos del siglo XXI (Fontana, 2011, p. 362).

## **LA GUERRA FRÍA Y LOS CONFLICTOS ÉTNICOS: EL ROMPECABEZAS DE SOMALIA.**

Hasta ahora, las regiones que han sido tratadas eran colonias de una única metrópoli, bien francesa, británica, portuguesa, belga u holandesa. El caso de Somalia es, sin duda uno de los más complejos para abordar en el continente africano, pero no por ello merece menos atención. De hecho, Somalia representa, tristemente, el máximo estadio de las consecuencias devastadoras que tuvieron tanto el colonialismo, como la Guerra Fría.

En la década de 1880, tras la colonización del Cuerno de África, este queda dividido en tres regiones distintas controladas por tres respectivas metrópolis: Italia, Francia y Gran Bretaña). Dicha repartición contó con el beneplácito y las negociaciones con los clanes somalís y el emperador de Etiopía Menelik II. Las fronteras que se establecieron quedaban entonces de la siguiente manera: Italia controlaba el nordeste y el sur de la península somalí, los británicos el extremo suroeste (configurando el protectorado de Somaliland), los franceses el extremo noroeste y los etíopes controlaron el este. El control colonial en un principio se limitó prácticamente a las regiones costeras, con el objetivo de preservar el comercio a través del golfo de Adén (Tomás, 2010, p. 419).

Esta situación se mantuvo hasta el levantamiento de los “derviches”, unos grupos nómadas que se enfrentaron a las potencias coloniales. Este alzamiento provocó que británicos e italianos reforzasen sus administraciones y las ampliaran. Gran Bretaña se valió del apoyo de las jefaturas clánicas, dinámica que ya se ha expuesto en el primer capítulo del presente trabajo (Tomás, 2010, p. 419).

Pero estas jefaturas cada vez eran más contestatarias al poder colonial, derivando en que las relaciones que antes eran fluidas entre diversos clanes, fueran cada vez más hostiles. Además, durante la Segunda Guerra Mundial, prácticamente todos los territorios somalíes (a excepción de la parte francesa), quedaron bajo control y administración británica. Este punto es realmente significativo, pues es el momento en el que se forja el nacionalismo político somalí (Tomás, 2010, p. 420).

Este nacionalismo político viene precedido de uno cultural, el cual había dotado de cierta “unidad” a los somalís en lo que respecta a una difusa conciencia étnica. Esto, llevado a lo político, acuñó la idea de crear un estado somalí independiente, lo que provocó el surgimiento de partidos políticos que demandaban implicación en la política del incipiente estado. El sentimiento anticolonial se acrecentó tras la reinstauración de la soberanía etíope sobre los antiguos territorios somalíes, en 1936 por parte del emperador Haile Selassie (Tomás, 2010, p. 420)

A esto hay que añadir el reconocimiento por parte de Gran Bretaña en 1954, de los mencionados territorios como parte de Etiopía. Tras todas estas complicaciones, la Somaliland británica proclamó su independencia el 26 de junio de 1960, y el 1 de julio, los territorios controlados por Italia le siguieron. Posteriormente, conformaron la República Somalí (Tomás, 2010, p. 420).

A pesar de esta unión, las diferentes asambleas y los territorios italianos discreparon entre sí a la hora de formular las leyes que fortalecieran la unificación. Esto provocó la promulgación de una nueva ley de unión, la cual se formalizó en enero de 1961. Ese mismo año se realizó un referéndum sobre la constitución, posicionándose la mayoría de votantes a favor, exceptuando la población norteña, que se mostraron más desfavorables hacia ella (Tomás, 2010, p. 421).

El descontento de los norteños emana de diversos factores, siendo uno significativo el hecho de que el otrora territorio bajo control italiano, contaba con un mayor poder político. A esto se suma que la capital del estado se situó en Mogadishu, al sur. Además, como ya se ha mencionado previamente, la mayoría de los escaños los ocupaban sureños, así como los puestos de mayor relevancia en el gobierno. Entonces, la primera década del estado estuvo marcada por problemas de integración de las antiguas administraciones coloniales en una única (Tomás, 2010, p. 421).

Y estos no eran los únicos problemas a los que la República de Somalia había de enfrentarse. Las fronteras con los territorios colindantes supusieron otro quebradero de cabeza para el gobierno somalí, pues se había pretendido reclamar algunos territorios que se consideraban propios en Kenia y Etiopía. Sin embargo, esta lucha por la Gran Somalia fortaleció el sentimiento aglutinador de la sociedad, algo que se entorpeció, irónicamente, cuando el primer ministro Cigaal mejoró las relaciones exteriores con los dos países anteriormente mencionados (Tomás, 2010, p. 422). La situación era completamente desoladora tras un panorama de fragmentación política y social, pues reinaba la corrupción y la incertidumbre, hasta que en octubre de 1969, un grupo de 25 oficiales militares tomaron el poder con un golpe de estado (Tomás, 2010, p. 423).

No siendo demasiado exitoso inicialmente por la ineptitud de su líder, quien fue inmediatamente asesinado, el golpe de estado fue liderado por el general mayor del ejército, Mohammad Siad Barre. Barre había entrenado previamente con militares de la Unión Soviética, algo que le profirió el apoyo del régimen y el sustento para hacer efectivo el golpe (Tomás, 2010, p. 423). Una vez llegado al poder, estableció numerosas relaciones con la URSS, consiguiendo modernizar el país y mejorar su economía. Sin embargo, el dirigente comenzó a tomar ciertas decisiones que se posicionaban en contra del gobierno soviético (Tomás, 2010, p. 423)

Promulgó una tolerancia hacia el Islam, pero limitó el papel del clero en asuntos gubernamentales. Esta medida fue la primera que la Unión Soviética no tuvo en buena consideración. A esto se añade la intromisión de los Estados Unidos como parte de su lucha contra el comunismo en África, financiando a Barre con la condición de que se negara al establecimiento de una base de misiles soviética en territorio somalí. La ruptura definitiva de las relaciones entre la URSS y Somalia se produjo cuando el gobierno somalí proporcionó ayuda a los grupos de guerrillas somalíes en Etiopía, con el objetivo de derrocar su gobierno (Tomás, 2010, p. 423).

La URSS entonces viró sus esfuerzos a apoyar a los etíopes, pues se posicionaban contrarios a los estadounidenses. Dicho conflicto, manifestado en la Guerra de Ogaden, supuso un completo desastre político y económico para Somalia, pues la región de Djibuti se independizó y otros territorios rechazaron unirse al proyecto de la Gran Somalia. Esto dejó en una posición completamente deplorable a Barre y propició la formación de numerosos grupos de guerrilla de base clánica en su mayoría.

Los conflictos entre facciones que prosiguieron en territorio somalí y la brutalidad empleada por Barre en un intento de controlar la situación, llevo a su derrocamiento y a la congelación de financiación por parte de Estados Unidos (Tomás, 2010, p. 424).

Tanto el conflicto somalí como numerosos otros expuestos en este trabajo, continúan incluso en la actualidad, aunque se hayan implementado a lo largo del tiempo otros factores que, si bien derivan de toda esta situación, quedan muy lejanos a ella (**figura 3**). Sin embargo, la delimitación cronológica del estudio hace que no sea competencia del mismo seguir relatando estos hechos. Sin embargo, no se puede negar que la segunda fragmentación del continente africano como consecuencia de la Guerra Fría, es un factor fundamental a la hora de entender los conflictos que a día de hoy continúan.





## CONCLUSIONES.

Como bien se expone en la introducción del presente documento, uno de los objetivos y motivaciones del mismo es exponer parte de los motivos por los que actualmente localizamos gran cantidad de conflictos bélicos en el continente africano, especialmente al sur del desierto del Sáhara. Si la exposición y la lectura han sido correctas, una cuestión inevitable ha de plantearse en estas conclusiones, y esa no es otra que el reflexionar en torno a si verdaderamente se produjeron unos procesos de descolonización.

La pregunta, lejos de resolverse, hay que someterla a un intenso debate, ya que como se formula al comienzo del segundo capítulo, no existe un consenso en lo que se refiere a las implicaciones del término “descolonización”. Sea como fuere, cualquier discusión en torno al término debe partir por entender, que no se trata de un proceso homogéneo, ni mucho menos. Cada estado tuvo su respectivo recorrido y cuenta con unas particularidades sociales, culturales y políticas que hicieron que cada proceso de independencia, aunque perteneciera a la misma metrópoli, fuera distinto.

Sin embargo, como se ha podido vislumbrar a lo largo del trabajo, si hay algo que podemos afirmar, es que las “descolonizaciones”, no implicaron como afirmaba Fanon, una reversión del fenómeno colonial. Las independencias fueron controladas por las antiguas metrópolis y por las nuevas superpotencias, especialmente por Estados Unidos. A los recién independizados estados africanos, se les obligó a unirse y adaptarse a un sistema económico mundial que había sido conformado por y para las potencias occidentales, por lo que, la economía seguiría dependiendo estrictamente de ellas aunque no ejercieran un control directo y efectivo sobre los estados africanos. De hecho, se puede apreciar incluso en la actualidad, que algunos dirigentes de diversos estados son sucesores de otros colocados por las otrora metrópolis.

Se ha llegado a hablar entonces, de otro concepto reciente, en concreto acuñado por el gobernador de Ghana, Kwame Nkrumah, el “neocolonialismo”. Este también se somete a debate, pues, el término “neocolonialismo” implica, efectivamente, un nuevo colonialismo. La diferencia de la dinámica llevada a cabo en el siglo XIX, es que ahora este colonialismo es algo contradictorio, pues no hay presencia de colonos y no hay un control directo por parte de las antiguas metrópolis. Sin embargo, la presión y la

perpetuidad de la influencia de estas actualmente en los estados africanos es algo innegable. Buen ejemplo de ello, era la complicidad del actual gobierno francés presidido por Emmanuel Macron, con el antiguo presidente de Níger, Mohammed Bazoum. Este, antes de ser derrocado en el pasado año 2023, era un pilar fundamental para sostener la importación de uranio al estado francés, cuyas compañías mineras son las que prosiguen explotando fundamentalmente este recurso.

Y el caso del alzamiento militar en Níger el 26 de julio de 2023, no fue el único, ya que los golpes de estado en la zona del Sahel han sido múltiples a lo largo del reciente siglo XXI. Sin pretensiones de ahondar en ello, pues sería extenderse demasiado en algo que aún merece de mayor análisis, se observa que todos los alzamientos producidos tanto en Níger, Mali, Burkina Faso, Gabón, etc. tienen como denominador común un profundo sentimiento anticolonial y que destaca, de hecho, recalcar las acciones de carácter neocolonialista que están llevando a cabo las antiguas metrópolis.

El discurso que emplean para justificar su acceso al poder, es precisamente hacerse cargo de la seguridad de los países ante la ineficacia de las actuaciones avaladas por la ONU para combatir el terrorismo y la inestabilidad presentes en la zona. A esto se suma, la búsqueda de apoyo para esta tarea en Rusia, otro argumento que se ha empleado para mantener el despliegue militar por parte de las potencias europeas en la región, repitiendo de nuevo la dinámica de la Guerra Fría. En este sentido, Francia vive de nuevo, una pérdida de hegemonía en el control económico que sigue ejerciendo sobre las antiguas colonias, que en este caso, coincide con el auge de nuevas potencias económicas como China e India.

En este sentido, nos encontramos ante una nueva división de bloques que intentan conseguir el apoyo y tener como bastión a los estados del continente africano en las instituciones internacionales y asegurarse sus recursos. Es decir, nos encontramos prácticamente ante un nuevo reparto del continente no más pobre del planeta, sino más empobrecido. Y todo ello sucede con discursos e ideologías que, si bien parecen distar enormemente del ideario colonialista del siglo XIX, realmente se ha difuminado y adaptado de la misma manera que el imperialismo se adaptó a la descolonización.

Habiendo un gran número de regiones afectadas por las devastadoras consecuencias de las guerras y la pobreza en el continente (**figura 3**), han surgido un

gran número de organizaciones y voluntariados que pretenden aportar ayuda humanitaria a aquellas poblaciones que lo necesitan. Siendo estas acciones loables, lo que subyace en la mayoría es la dinámica de perpetuar la sumisión a la pobreza de los estados africanos, pues las ayudas deben estar consideradas para ser perecederas y no permanentes. De lo contrario, no se permite fortalecer el fomento de trabajo en estos estados, dependiendo únicamente la ayuda de personas procedentes del norte global y prosiguiendo la dinámica de sublevación en política internacional del sur global hacia el norte.

La prensa en papel y los medios de comunicación convencionales han perdido la mayor parte de su hegemonía en la dispersión de noticias. Ese papel lo tiene ahora fundamentalmente las redes sociales, a las que la gran mayoría de la población mundial acceden y por las que se informan de lo que sucede en el mundo. Las antiguas exhibiciones de personas negras africanas se realizaban en pabellones físicos en ferias como la de París, y si bien a día de hoy, afortunadamente, esto se vea como una práctica deplorable, no quiere decir que haya desaparecido. Al igual que las cuestiones antes mencionadas, hay ciertas dinámicas que se han adaptado y han pasado desapercibidas, ya que la exposición de personas africanas en situaciones de vulnerabilidad, especialmente de menores, prosiguen realizándose actualmente mediante las redes sociales desde voluntariados, ante la necesidad de venderse ante la sociedad como una suerte de héroe o salvador.

Se sigue tratando entonces a las personas africanas, como personas de segunda, pues el hecho de publicar fotografías sin el consentimiento de una persona (y más aún si se trata de menores), es un acto ilegal, que debe respetarse en cualquier lugar. Continuando con las redes sociales como medio de propagación fundamental de noticias, tampoco distan de las noticias falsas y bulos emitidos hacia las antiguas metrópolis de los salvajes actos que realizaba la población negra africana y que justificarían la opresión y el exterminio de poblaciones del continente.

En el siglo XX, vimos en los anteriores apartados como se había exacerbado la demonización de los ataques de los *squatters*, algo que posteriormente dio comienzo al régimen de *apartheid* en Sudáfrica. En tiempos recientes, tras la situación de inestabilidad por conflictos entre bandas armadas presentes en Haití, asistimos a la propagación masiva de bulos y noticias falsas en las que se acusaba a los pandilleros de

realizar prácticas caníbales y de rituales oscurantistas. Esto posteriormente debió ser desmentido tras esclarecer que las imágenes compartidas en las redes sociales, procedían de largometrajes ficticios. Todo ello se compartió con la intención de alarmar aún más a la población mundial sobre la devastadora situación en la isla, y justificar una acción militar inmediata por parte de algunos estados actualmente dominantes en la geopolítica mundial, de la misma manera que las potencias europeas legitimaron sus acciones durante los siglos XIX y XX.



## BIBLIOGRAFÍA

- Asprenger, F. (1986). África: Movimientos de liberación e intentos de imposición del dominio blanco. En Benz, W. y Graml, H. (coords.), *El siglo XX III. Problemas mundiales entre los dos bloques de poder* (pp. 300-357).
- Ceamanos, R. (2016). *El reparto de África. De la Conferencia de Berlín a los conflictos actuales*. Catarata-Casa África.
- Cesaire, A. (2001). Discurso sobre el colonialismo. En Chukwudi Eze, E. (ed.), *Pensamiento africano. Ética y política* (pp. 71-82). Bellaterra.
- Fanon, F. (2022). *Los condenados de la tierra*. Txalaparta.
- Ferro, M. (dir.) (2005). *El libro negro de colonialismo. Siglo XVI al XXI: del exterminio al arrepentimiento*. La Esfera de los Libros.
- Fontana, J. (2011). *Por el bien del imperio. Historia del mundo desde 1945*. Círculo de Lectores.
- Huband, M. (2004). *África después de la Guerra Fría. La promesa rota de un continente*. Paidós Ibérica.
- Peñas Esteban, F.J. (2000). *África en el sistema internacional. Cinco siglos de frontera*. Los libros de la Catarata.
- Tomás, J. (2010). *Secesionismo en África*. Bellaterra.

ANEXO.

El reparto de África  
África en 1914

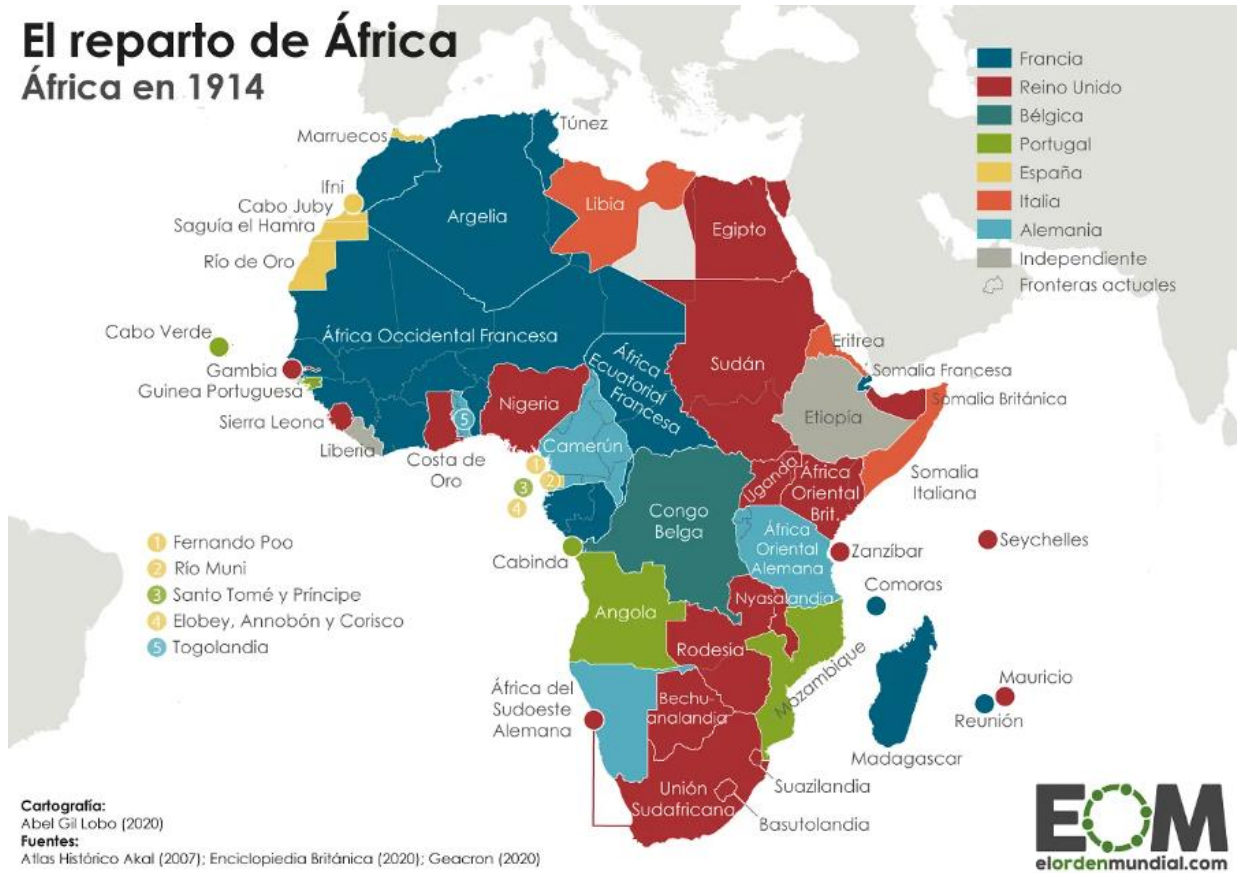
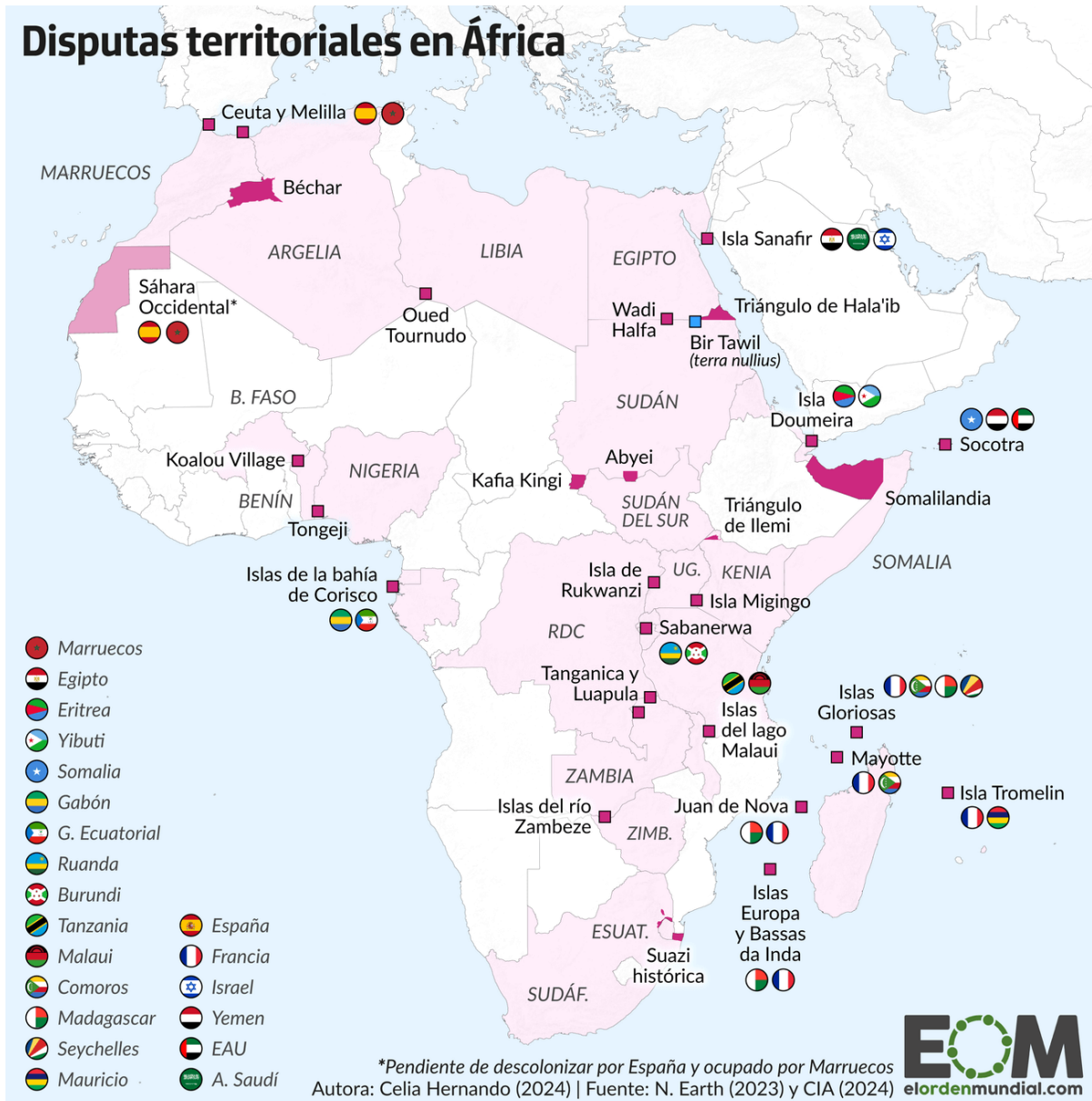


Figura 1. Gil Lobo, A. (2020). *El reparto de África. África en 1914* [Mapa]. El Orden Mundial. <https://elordenmundial.com/mapas-y-graficos/reparto-colonial-africa/>







**Figura 3.** Hernando, C. (2024). *Disputas territoriales en África* [Mapa]. El Orden Mundial. <https://elordenmundial.com/mapas-y-graficos/disputas-territoriales-africa/>